

## CURSO DE ESTILO SINJANIA

### EJERCICIO 3.- PLAZA

Es de noche. Tenía que ser noche. Noche veraniaga. Nosotros dos estamos sentados en una plaza. La plaza está vacía, apenas tres personas esperando el autobús y otra consultando un afiche municipal. Algunas farolas tienen tres bombillas; algunas ventanas tienen bombillas encendidas. Nosotros dos estamos en silencio. La plaza está en silencio. Estamos en un banco de piedra. El banco está en el centro de la plaza. Junto a la boca del metro hay carros del supermercado, no: son patinetes de alquiler. Los ojos llorosos me impiden ver con claridad.

Mi nombre es Ana. Mi compañero se llama Luis. Nos queremos apasionadamente, pero nuestro amor es imposible. Yo conocí a Luis hace dos años porque mi amigo Enrique me llevó a su casa, a la casa de Luis. La casa de Luis se llama «la Cueva», es una casa inmensa, en la plaza Callao de Madrid, de esas casas que tienen todas las vigas de madera, construida en el siglo XVIII. La casa me gustó mucho, pero Enrique tenía prisa y prometí a Luis que volvería otro día. Así nos conocimos. Fue un flechazo, una atracción que no pudimos evitar.

- Han pasado muchos días. Pensé que ya no vendrías. Cuando Luis abrió la puerta y se encontró con una mujer morena, sonrisa amplia, figura esbelta, sintió una emoción tan grande que le resultó difícil disimular.

- Imposible olvidarme, pero estoy de exámenes y no tengo ni una tarde libre.

- ¿Qué estudias?

- Arquitectura, en la Complutense.

- Eso explica tu interés por la casa.

- Me gustan todas las cosas viejas. Soy una romántica.

- Entonces te gustará el lenguado a la «meunière».

El día en el que fui a conocer «la Cueva», Luis me invitó a cenar con la excusa de que tenía un plato francés que no se estila en las cartas de los restaurantes españoles, es un buen cocinero Luis, ¡sorpresa!, con esas pintas de jipi trasnochado, el lenguado estaba para chuparse los dedos, con

el punto justo de mantequilla y de limón; luego bebimos café, brandi y fumamos marihuana. Me quedé a pasar la noche en su cama y la sorpresa fue aún mayor: nunca había estado con un hombre tan dulce y tan cariñoso y, al mismo tiempo, tan potente y tan insaciable. Por la mañana, cuando me llevó a la cama un zumo de naranja yo me sentía totalmente satisfecha y completamente enamorada. Un flechazo, ya lo he dicho antes.

De todo aquello han pasado dos años. ¡Qué lejos me parece ahora! Sentada en este banco de piedra, en medio de una plaza inhóspita, noche silenciosa, noche pesada, tengo ganas de llorar, ¡tengo tantas ganas de llorar! Luis está conmigo, no, no está conmigo, solo está a mi lado; conmigo estuvo hasta que aprobó las malditas oposiciones a secretario municipal, ahora vive lejos, tuvo que concursar a provincias, vivimos a seiscientos kilómetros, él ha encontrado su vocación y no quiere vivir en Madrid, yo no puedo vivir en un pueblo. Nuestros destinos son incompatibles. Yo le quiero con locura, pero soy urbanita, mi vida está en la gran ciudad, no soporto el silencio del campo, ni los animales y mucho menos que todos los vecinos conozcan mi vida. Él me quiere con pasión, pero necesita el contacto directo con la Naturaleza, el sol, las estrellas, las florecillas del monte; se asfixia en el asfalto. ¡Dioses del Olimpo! ¿Por qué me castigáis de esta manera tan atroz? He encontrado el amor de mi vida y tengo que renunciar a él.

Hemos cenado en un buen restaurante de barrio, pero no hemos podido tragar la comida. Su mirada era triste, mi pena inefable, nos cogíamos de la mano y se nos saltaban las lágrimas. Hemos pedido la cuenta con los platos llenos.

- ¿La crema de puerros no está a su gusto? ¿La lubina no está a su gusto?

- Sí, sí, todo está perfecto, muchas gracias. Felicita al cocinero. Es que nosotros no estamos bien, lo siento.

Hemos salido del restaurante con la cabeza baja y en la calle nos hemos abrazado en silencio, con sentimiento, respiración entrecortada, lágrimas calladas, gemidos indecibles, cuerpos que no quieren separarse. Con la cara empapada, haciendo un esfuerzo inteligible, él me ha dicho un tequiero profundo, yo he contestado un amormío inmenso y nos hemos vuelto a abrazar. No hay fuerza humana que nos separe. Esta será la última noche que estemos juntos. Caminamos como autómatas, abrazados, dejamos atrás la Puerta del Sol, calle de la Montera, pensativos, atravesamos la Gran Vía, abatidos, queremos huir de la gente, calle de Valverde, plaza de San

Ildefonso. Sin pronunciar una palabra nos dirigimos al centro de la plaza y nos sentamos en un banco de piedra, la espalda encorvada, la cabeza baja, la mirada húmeda, los corazones desolados.

Yo no podía quitarme de la cabeza la primera noche que pasamos juntos. Apoteósica. Y la noche siguiente. Y la siguiente. Tres noches seguidas sin dormir, huevos fritos para desayunar y yo iba a las clases con una sonrisa tan angelical que desperté las sospechas de mis compañeros. Después tuve que pasar el fin de semana con mi familia en Becerril de la Sierra, para celebrar las bodas de plata de mis padres, pero el lunes volví con Luis y ya no nos separamos. Dos años de amor ardiente y apasionado; durante el día estudiábamos, durante la noche nos amábamos, yo respetaba su horario de trabajo, solo puedo quererte doce horas al día, decía; yo le quería las veinticuatro. Yo acabé Arquitectura, él aprobó las oposiciones y el curso en el Instituto de Estudios de la Administración Pública. Yo he empezado a trabajar en un estudio de Madrid, él en un Ayuntamiento rural. Nuestras vocaciones son incompatibles. Ninguno de los dos puede pedir al otro que renuncie a su sueño, ninguno de los dos puede renunciar a su sueño: Ambos caminos nos llevarían (tarde o temprano) al reproche y a la muerte del amor. Lo sabemos y no queremos que muera nuestro amor. Por esa razón hemos decidido preservarlo para siempre. Esta noche será la última.

Luis Delgado Morcillo

Vilanova i la Geltrú, 9 de diciembre de 2025